

el Papa llegó á Arezzo donde murió el día 10 de Enero de 1276.

Añadiremos á lo dicho por el señor Amat, que San Buenaventura, en el discurso que pronunció en el concilio II de Lyon admiró á los Padres por la profundidad de sus conceptos y su inspirada elocuencia: hé aquí el texto de su sermón: *Levántate, Jerusalem, vuelve tus ojos hácia el Oriente, y desde la cumbre de las montañas contempla á tus hijos que se reúnen desde el Oriente hasta el Occidente.* San Buenaventura murió antes de la sexta sesión. Esta pérdida causó gran aflicción á los Padres, pues todos conocían la santidad y las virtudes de aquel siervo de Dios.

## X.

Vease ahora, para seguir el camino trazado, cuales fueron las más importantes heregias que en la época de que se trata, afligieron á la Iglesia.

Los más notables herejes, dice el señor Cebada, fueron los albigenses, que empezaron á darse á conocer en los postreros años del siglo XII, y formaban una ramificación de los maniqueos ó cátaros, como consta de muchos documentos de aquel tiempo.

Sus doctrinas eran las siguientes: Suponian que Dios había producido á Lucifer con sus ángeles; que Lucifer se había revelado contra Dios; que por esta causa había sido arrojado del cielo con todos sus ángeles, y que desterrado del cielo había hecho el mundo visible sobre el cual reinaba.

Deseando Dios restablecer el orden, produjo un segundo hijo, que fué Jesucristo; y esta es la causa porque los albigenses fueron también llamados arrianos. No hay duda que los albigenses fueron verdaderos maniqueos: todos los autores contemporáneos lo atestiguan. Guillermo de Puiglaurent, uno de ellos, dice que los herejes que se esparcieron por el Languedoc no estaban conformes en doctrina; los unos eran maniqueos, los otros valdenses y sostenían disputas entre ellos, siendo conocidos los primeros con el nombre de albigenses. Estos, además de los errores de los maniqueos profesaban los de los sacramentarios, y en esto se fundan muchos para calificarlos como los precursores de la herejía del siglo XVI, que conocemos con el nombre de protestantismo. Los errores de

los albigenses no eran otra cosa que el efecto del fanatismo y del odio contra los católicos. Afortunadamente aquella época fué fecunda en producir héroes admirables llenos de virtud y de ciencia que combatieron á los heresiarcas hasta en sus últimas trincheras.

Daremos ahora algunas noticias referentes á los grandes estragos que causaron los herejes albigenses y á la cruzada que se hizo para destruirlos.

Envalentonados aquellos enemigos de la verdadera fé y de la paz y tranquilidad de la Iglesia, sembraban por todas partes la desolacion y el espanto, principalmente en el Languedoc, en donde se apoderaron de los bienes de la Iglesia, mofándose de los predicadores y haciendo objeto de escarnio y de ludibrio todas las cosas santas y dignas de respeto, y eso que ya se habían dictado contra ellos en otras partes las más terribles penas; pues que en Milan se había ordenado que *toda persona pudiera á su libre arbitrio apoderarse de un hereje, y que la casa en que este fuese habido se demoliere y se vendieran en pública subasta los efectos que en ella se encontrasen.* Sin embargo, de todo esto, los canónigos de Beziers solo pudieron conservar su iglesia convirtiéndola en fortaleza, mientras que desde Tolosa salían multitud de herejes con el objeto de extender por todas partes sus errores.

La herejía parece que se había propuesto destruir la sociedad por su base, y de aquí la necesidad de valerse de armas espirituales y temporales para conseguir el destruirla. Las primeras habían sido inútiles completamente. No había persuasión posible para aquellos hombres obstinados en tantos errores. Necesario era, pues, recurrir á las segundas.

El papa Inocencio III, apenas subió á ocupar la silla de San Pedro, aplicó todo su celo á la obra de esterminar la herejía, arrancando la mala semilla del campo de la Iglesia y con este objeto envió diferentes predicadores, y al propio tiempo exhortó á los príncipes á que secundasen sus grandes esfuerzos en una obra que tan grata era á los ojos de Dios. Cuando cualquiera fuese excomulgado por razón de herejía, el poder secular debía confiscarle sus bienes y hacerle salir desterrado.

Por aquellos dias Raimundo VI, conde de Tolosa, el más terrible partidario de los herejes, recorría la Provenza y el Languedoc,

haciendo que sus *Ruteros* devastasen las tierras de las ciudades y de las Iglesias, no observando las fiestas, la Cuaresma ni festividad alguna. Rodeado de judíos y de herejes, expulsaba á los obispos, perseguía á los sacerdotes y vivía al mismo tiempo con tres mujeres de un modo incestuoso. Pedro de Castelnau, arcediano de Magalona, le amonestó en nombre del Papa á fin de que dejase de perseguir á sus vecinos y que viniendo á buen acuerdo se uniese á él para formar una cruzada contra los herejes. Lejos de convenir en ello siguió en su obstinacion y por esta causa fué excomulgado por Pedro que era legado Pontificio. Entónces se sometió, pero en seguida faltó villanamente á su palabra. Pedro le echó en cara este mal modo de proceder, pero el legado fué asesinado á los pocos dias por un caballero de la corte de Raimundo.

Personas de gran crédito acusaron ante el papa Inocencio III al conde Raimundo como autor del asesinato del legado Pedro de Castelnau, por lo cual el Sumo Pontífice le excomulgó sin escucharle; absolvió á sus súbditos del juramento de obediencia é invitó con indulgencias á tomar las armas contra él, concediendo sus estados al primero que los ocupase.

Los cistercienses fueron los encargados de empezar la predicacion de esta cruzada, muy diferente de las anteriores, y lo hicieron con igual fervor que cuando se trataba de la Tierra Santa. Con dificultad podia darse mayor entusiasmo que el que se desplegó en todas partes para ir contra el conde Raimundo. Por do quier se pusieron en armas gran número de señores, unos movidos por su horror á los herejes, otros por ganar las indulgencias, y no pocos por las riquezas del Languedoc, pero todos ganosos de exterminar á los *Ruteros*, que tanto habian assolado el pais.

El rey de Francia les auxilió con quince mil hombres, y el de Inglaterra permitió que se hicieran levas en la Guiena; de suerte que en poco tiempo, cincuenta mil guerreros ostentaron la cruz sobre su pecho, contándose entre ellos el duque de Borgoña, los condes de Nevers y de Saint Pol, y Simon de Monforte.

Era Raimundo uno de los príncipes mas poderosos y ricos de toda la cristiandad; conde de Tolosa, marqués de la Alta Provenza, señor de Querey, del Rouergue y del Vivarais; habia obtenido del rey de Inglaterra el Agenass por dote de una de sus mujeres,

y del de Aragon el Gevaudau y tenia ademas la supremacia sobre muchas de las ricas ciudades de Provenza y sobre algunos condes de los Pirineos. Con motivo de los acontecimientos que venimos reseñando, sus vasallos que nunca fueron para él modelos de obediencia, se eximian ahora de toda sujecion. Raimundo conoció que la lucha que se le presentaba era terrible por su parte y que ni aun podia contar con el amor de sus vasallos, y así se sometió nuevamente. Despojado de sus vestiduras se dirigió á la Iglesia en que yacía el cadáver del asesinado legado Pedro, y el nuevo legado le echó al cuello una estola y tirando de ella le condujo hasta el altar mayor en donde le dió su absolucion, imponiendole por penitencia la obligacion de guiar en persona la Cruzada contra los herejes, deudos todos y vasallos suyos, dando al efecto en garantía siete castillos.

No puede negarse que á no haber exageracion en lo que nos refieren los cronistas, se cometieron en esta cruzada grandes crueldades.

El ejército bajo el mando de denodados caudillos, se dirigió contra Beziers, cuyo vizconde era protector de los herejes. La plaza fué tomada por asalto, y pasadas á cuchillo veinte mil personas de ambos sexos á son de campanas; y siete mil perecieron abrasadas en la Iglesia donde se habian refugiado. Cuando los cruzados preguntaban como habian de distinguir á los católicos, los capitanes les contestaban: *Matad, matad á todos, que Dios sabrá distinguir á los suyos.*

Como es de suponer, este hecho llenó de horror á las demas ciudades, cuyos habitantes las abandonaban huyendo á las montañas.

En Carcasona fueron ahorcados hasta cincuenta herejes y muchos otros pudieron salvarse por un camino subterráneo que iba á salir á tres leguas de distancia de la ciudad.

Raimundo de Tolosa que vió que la humillante penitencia que habia aceptado no ponía á salvo sus Estados, se dirigió á Roma donde se presentó á Inocencio III, al cual informó de cuan mal se habian cumplido sus instrucciones. El Pontífice ordenó que se formara á Raimundo un proceso regular por el asesinato de Pedro de Castelnau, y que en caso de que resultara inocente se le diese una solemne reparacion, reservándose la decision en caso de que resul-

tára culpable. Recomendó muy especialmente que se procediera con actividad; pero en vez de ser así, se retardó por los artificios de Teodosio, arcediano de París y legista, y por último se intimó al conde de Tolosa que aceptase sin demora las siguientes condiciones:

Que depondría las armas y repararía los daños causados á la Iglesia.

Que sus vasallos se vestirían de luto en señal de penitencia, y que solo podrían comer dos especies de carne.

Que expulsaría á todos los herejes, haciendo entrega de los que fuesen reclamados por el legado y demoliendo sus castillos.

Que los nobles no residirían en estos ni en las ciudades.

Que todo padre de familia pagaría al legado cuatro dineros.

Que él en persona había de ir en peregrinación á Jerusalem y no volver sin permiso.

Y que cumplido todo esto, el legado y Monforte le restituirían los Estados *cuando les pareciera bien hacerlo*.

Al leer tales proposiciones, Raimundo se irritó sobremanera, y lejos de aceptarlas determinó en su desesperación lanzarse á las armas. Por esta causa fué excomulgado como hereje y apóstata, y sus dominios cedidos al primer ocupante.

Lo que sucedió despues, lo diremos en breves frases. La guerra tomó entonces un carácter el mas feroz é inhumano. Las guerras de religion han sido siempre las mas desastrosas para los pueblos por el carácter particular de que se revisten los guerreros impulsados por una idea fija. Monforte, podia decirse que era el alma de esta guerra contra los herejes albigenses. Alicia de Montmorency, su esposa, le habia proporcionado un nuevo ejército, y al mismo tiempo se unieron tambien algunas señoras á aquel ilustre campeón de la fé cristiana, el cual se dispuso á atacar á los Provenzales en los castillos á que se habian refugiado. En el de Minanva, inmediato á Narbona, se resistieron, ofreciéndoseles la salvación á cuantos abjurasen, pero ni uno solo quiso hacerlo, habiendo sido arrojados ciento cuarenta á las hogueras que ellos tenian preparadas para los católicos si alcanzaban el triunfo. Igual suerte cupo á otras fortalezas.

La guerra continuó con sucesos varios, pero causando siempre

los mayores estragos, y llevando á todas partes la desolación y el espanto. No nos detenemos en pormenores, porque historiando nos ocuparía un tomo, y tenemos aun mucho camino que recorrer para llegar al término de nuestra empresa, si Dios nos permite terminarla.

Dos párrafos de César Cantú nos demostrarán el término de esta guerra. «Al morir Luis VIII continuó la guerra entre Raimundo VII y Umberto VI de Beaujeu á quien se dejó el gobierno de las conquistas. Para castigar la crueldad de Raimundo, que mutilaba á todos sus prisioneros, dió Umberto nuevo impulso á la guerra con metódica ferocidad, destruyendo los viñedos que constituían la riqueza del país; de modo que el vergel del medio día se habria convertido en un desierto, si Raimundo hubiera tardado un momento en someterse bajo cualquiera condicion. La paz se concluyó por mediación de Teobaldo IV de Champaña. Raimundo prometió que seria fiel en adelante á la Iglesia y al rey de Francia, que á nadie perseguiria por haber sido cruzado, que continuaria la guerra contra los herejes aunque fueron deudos ó amigos suyos, que haria exquisita investigación dando dos marcos el primer año y uno los siguientes á cualquiera que se apoderase del que hubiera sido condenado como hereje por el obispo, que desterraria á los judíos, que restituiría á la Iglesia los bienes que la habian sido arrebatados pagando los diezmos y diez mil marcos como indemnización de los daños causados á los eclesiásticos, y otra suma estipulada para que hubiese en Tolosa cuatro maestros en teología, dos en derecho canónico, seis en artes y dos de gramática; y por último, que haria penitencia por espacio de cuatro años. Tambien confirmó á la Francia en la posesión del bajo Languedoc, y designó á Tolosa como dote de su hija, desposada con un hijo del rey francés, dando la Alta Provenza á la Iglesia de donde dimanó el derecho de los Papas sobre el condado de Aviñon.»

«Raimundo VII juró el tratado delante de la fachada de Nuestra Señora de Paris desde donde fué conducido al altar mayor, y allí se le absolvió bajo la condicion de constituirse prisionero en la torre del Louvre seis semanas. Así concluyó la guerra de los albigenses movida en un principio por motivos religiosos, y que tomó fiero carácter por los odios nacionales, cubriéndose ambas

partes de baldon por sus atroces crueldades que se renovaron en tiempos de Luis XIV en la guerra de los Camisardos, último acto de aquella tragedia.

Daremos cuenta ahora de otros herejes de la misma época, consignando las noticias que encontramos en los historiadores de los estadignos, circunceliones, y pastorcillos, de los flagelantes, joaquimitas y fratricelos, y de los llamados Apostólicos.

»Por los años 1232 se descubrió en Alemania una secta de herejes que se llamaron Estadingos, nombre de un pueblo en los confines de Sajonia y Frisia. Sus capitales errores eran un total desprecio de la autoridad y jerarquía de la Iglesia, un entero abandono á toda suerte de impurezas, y una loca esperanza en Lucifer, de quien pensaban como los maniqueos. Armóse contra ella una fuerte cruzada que los derrotó, y los que sobrevivieron se sometieron á la Iglesia, y fueron absueltos y reconciliados.

Se dió el nombre circunceliones á unos herejes de la Suavia, muy diferentes de los antiguos donatistas. Corrian por los años de 1248, protegidos de Conrado, hijo del emperador Federico, durante sus disensiones con el Papa. Juntaban las gentes á son de campana: negaban al Papa y á los obispos la facultad de poner entredichos y censuras, y mandaban á pesar de ellas celebrar los misterios, y administrar los sacramentos: acusaban al Papa y á los obispos de simonía y otros vicios, y los suponían privados de toda potestad, aun de celebrar y confesar: despreciaban igualmente á los monjes y religiosos mendicantes; y pretendían que ellos solos eran los predicadores de la verdad. Tan extravagante herejía no duró mas que la guerra del Emperador y del Papa.

Poco despues conmovió la Francia un húngaro llamado Jacobo que cuarenta años antes habia sido el principal promotor de la cruzada de los niños, fingió revelaciones de la Virgen y de los ángeles, segun las cuales debia recoger pastores y gente de la mas pobre y sencilla de los pueblos, y con ellos recobraría la Tierra Santa, y daría libertad al rey San Luis, que acaba de caer en poder de los moros. Comenzó á seguirle gente sencilla, pero luego se le unieron ladrones, bandidos, vagabundos y desertores, que cometían los mayores excesos. Jacobo y los maestros subalternos,

aunque legos ignorantes, predicaban mil extravagancias, Declamaban contra todos los eclesiásticos, trataban de hipócritas y bagabundos á los religiosos mendicantes, de avaros á los cistercienses, de glotones y soberbios á los benedictinos, á los obispos y canónigos de no atender sino á recoger dinero para vivir regalada y disolutamente, y de la corte de Roma decían mil infamias. En 1251, comenzó Jacobo á reunir sus gentes con el nombre de *pastorcillos* en Flandes y Picardía: pasó despues á Francia, y la reina Doña Blanca que al principio creyó poder sacar de esta fermentacion algun partido á favor de su hijo, vió luego que era menester procurar seriamente disiparlos. En Orleans cometieron grandes excesos contra los eclesiásticos, asesinando á cuantos pudieron coger: pero al salir de la ciudad, predicando Jacobo con el fervor y desvergüenza que solia, fué asesinado; y desde entonces se dispersaron facilmente sus sectarios.

Por los años de 1260, se vieron en Italia unos hervores de devocion de que no habia ejemplar. Nobles y plebeyos, viejos y jóvenes, hasta niños de cinco años, penetrados del temor de Dios por los pecados de los pueblos, emprendieron penitencias extraordinarias. Sin preceder exhortacion ni encargo de superior, ni predicador alguno, comenzaron las gentes sencillas, y siguieron todos los demas. Iban los penitentes desnudos de la cintura arriba, y cabeza y cara cubiertas por no ser conocidos; y llevando en la mano un azote de correas, se daban en las espaldas fuertemente, quedando cubiertos de sangre, implorando la misericordia de Dios, y cantando la pasion y muerte del Redentor. Reuníanse en grande número, y guiados por presbíteros, con cruces y estandartes, solían visitar algunas iglesias. Veíanse estas procesiones en las aldeas, pueblos y ciudades, reuniéndose en estas muchos centenares, y aun millares de penitentes. Las mujeres en el retiro de sus casas, con la modestia correspondiente, tomaban parte en la nueva devocion. No se oían en los lugares canciones amorosas, ni instrumentos músicos, ni mas que lamentos de penitencia, y cantos de la pasion del Señor. Vieronse muchos enemigos reconciliados, usureros que restituían, y admirables conversiones de toda suerte de pecadores. Encendióse este fervor en Perusa, pasó á Roma, extendióse luego por toda Italia, y despues por Alemania, Polonia y